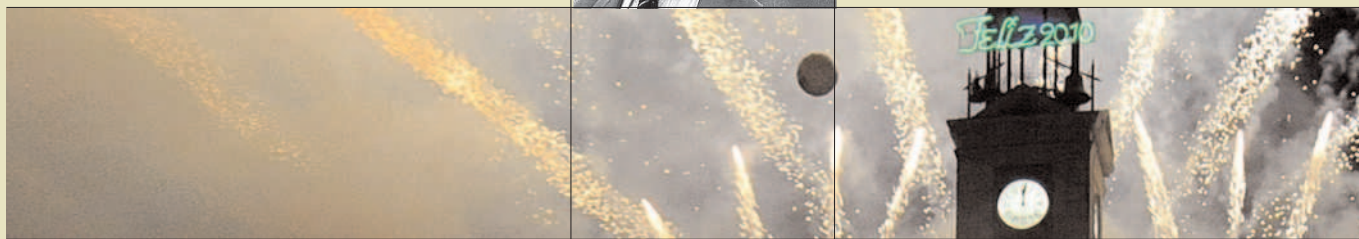


THEODORE DALRYMPLE



# USTED, LO QUE NO CAMBIA

Hasta que tenía casi 90 años, mi madre solía hacer propósitos para el año nuevo. No estoy seguro de si eso indica que la esperanza, el esfuerzo o el autoengaño son características inherentes al alma humana. O quizá lo sean las tres.

Miro mi mesa de trabajo y luego mi despacho. La honestidad me obliga a admitir que son un caos, y que además siempre han sido un caos. Ojalá no lo fueran.

Soy muy consciente de que las personas ordenadas son más eficientes y hacen más cosas que las desordenadas, por no decir nada de la parte estética del asunto. ¡Cuántas veces he estado al borde de la desesperación (incluso he tenido ideas suicidas durante periodos cortos de tiempo) por mi incapacidad de encontrar un documento que sabía que estaba en alguno de los numerosos montones de papeles que me rodean!

Pero a partir del 1 de enero de 2010 todo va a cambiar. Contestaré a toda la correspondencia tan pronto como llegue y no dejaré que las cartas se acumulen sin responder, y menos sin abrir, como una plaga invasora proveniente del espacio exterior de una novela barata de ciencia ficción.

Teniendo en cuenta mi experiencia anterior (y hay poco más en lo que me pueda basar), puede ser que durante un día o dos cumpla este propósito. No sólo prestaré atención inmediatamente a todo lo que entre en mi despacho, sino que archivaré todos los papeles de forma que después no tenga ningún problema en encontrar alguno cuando lo necesite. Me siento orgulloso de mí mismo cuando pienso que nunca más me pondré a gritar como un loco por no poder encontrar un documento y que nunca más le preguntaré a mi esposa dónde está un papel (lo que ella considera en cierta forma como una acusación de que ella es responsable de la pérdida, y lo digo en serio).

Pero por supuesto, habrá algo que se interpondrá entre mi propósito y yo: por ejemplo, una fecha límite para entregar un artículo. Por mucho que quiera ser ordenado, el tener que entregar un artículo en una fecha concreta es algo más urgente, más importante y –al menos a corto plazo– más lucrativo. Después de todo, tras entregarlo puedo ponerme al día en mis papeles y seguir cumpliendo mi propósito.

Pero ése es el problema de los propósitos de año nuevo: no se pueden cumplir de forma intermitente, al igual que una mujer no puede estar "un poco" embarazada; o lo está o no lo está, y los propósitos o se cumplen del todo o no se cumplen. Son como dioses celosos que no toleran ninguna desviación o cambio en las ceremonias ancestrales para ganarse sus favores. No permiten excepciones, son absolutistas en sus exigencias. Son como los profetas del antiguo testamento.

Una analogía más mundana es que los propósitos para el año nuevo son como los huevos. Si se rompen, son irreparables. En mi caso, nunca me propongo ser más ordenado que el año pasado, lo que no me sería muy difícil de conseguir, sino que siempre me propongo ser muy ordenado, absolutamente ordenado, lo que es imposible. Aunque no se acabe el mundo por no haber cumplido mi propósito, una vez que lo he incumplido me vengo de él y entonces aún soy más desordenado de lo que lo habría sido si no hubiera hecho el propósito. Si no puedo ser perfecto, al menos puedo ser perfectamente horrible.

**NO CAMBIE, ACÉPTESE** ¿Llega un momento en la vida en el que nos despertamos del sueño de mejorarnos a nosotros mismos, en el que podemos aceptar de buen grado que nuestro carácter, nuestras costumbres y nuestros gustos no pueden cambiar, y que esto también le sucede a los demás? Uno de los propósitos de año nuevo que hago siempre es mantenerme tranquilo, educado y alegre cuando oigo opiniones que además de ser distintas de las mías (después de todo, ambas tienen el mismo valor) son también estúpidas o malintencionadas.

El problema es que nadie me ofrece una solución intermedia. Por tanto, si no puedo cumplir mi propósito, no es realmente mi culpa. ■

Theodore Dalrymple, médico, trabaja en el City Journal y colabora en el Manhattan Institute.